

Volver a los Diecisiete

Volver a los diecisiete,
después de vivir un siglo.

(De una canción de Violeta Parra)

CECIBEL enredadera entre mis brazos y nuestro amor un fogón en plena pampa. La Luna, más fisgona que otras noches, en su mayor embarazo. Sus senos en mis necesitadas manos y su cremallera más complicada que un laberinto. Su respiración envolviéndose como huracán entre los alborotados sauces...

Es la última noche de la fiesta de San Pedro y los dos amándonos y su abuelo apuntándonos con su fusil a veinte metros de mi corazón desbocado.

—¡Entra Cecibel, o a los dos los mato!
—gritó abriendo la ventana de cedro de su vieja casa de campo—. ¡Entra, o a los dos los mato!—. Y disparó.

Mis manos arañaron la pampa y, sin pensarlo dos veces, me arrojé rápidamente al río. El abuelo disparó tres tiros más, montó su caballo blanco y decidió perseguirme entre eucaliptos, sombras y alfalfares, en la noche más iluminada que recuerde.

Ya no sé ni cómo, pero ajustándome bien

los pantalones y arreglándome la camisa fui río abajo hasta alcanzar el pueblo. Y el padre del padre de Cecibel —viejo más fuerte que un roble, de grandes bigotes, jugador de gallos y buen ganadero— a pelo de caballo y bala de Máuser, me persiguió dos horas.

Desesperado llegué a la casa de mi buen amigo Juan Vigo, cómplice de mis amores y desamores, y de sus manos comprensión y amistad recibí; amén de ropa limpia, zapatos secos y diez tazas de café que quedaron cortas para narrarle el miedo que sentí cuando las balas besaron mis orejas. Su madre —una mujer de sesenta años, más bondadosa que la primera taza de café— dormía plácida en un antiguo sillón que le regalé dos años antes.

Ya casi la aventura estaba concluida cuando unos toques estruendosos en la puerta me hicieron temblar: un presentimiento, una voz del corazón que te pone alerta, un aviso de muerte que te llega bruscamente.

—Adelante tío, ¿qué te trae por aquí?
—dijo Juan, abriendo la puerta a un hombre que, aún entre la oscuridad, supe quién era—. Algo grave debe ser... Adelante tío, estás en tu casa.

—Gracias, hijo —le contestó algo cansado. Un caballo en la puerta relinchó y el sonido de sus botas y la silueta de su fusil me dieron la razón: el hombre que venía persiguiéndome estaba allí, y yo no tenía más escapatoria ni fuerzas para intentar huir—. Vengo buscando al vago que pretende a mi nieta, y sólo he cabalgado tanto, para matarlo.

La madre de Juan había despertado. Saludó al hermano mayor que había llegado de manera intempestiva y acaso notó esa expresión en su rostro que no veía desde hacía quince años, cuando lo vio perseguir y matar, sin titubear, a los tres abigeos más buscados en la región.

—Pasa hermano —le dijo, con gran dulzura—. Ven, te presento a Abelardo, el mejor amigo de mi hijo Juan.

Una mirada entre aquel hombre y yo me produjo un sentimiento de despedida inminente, algo que no he vuelto a sentir jamás. Me volvió a mirar y supe que un hombre a los diecisiete años es un barco de papel en plena tormenta.

—Así que tú eres el mejor amigo de mi sobrino... —me dijo, mientras se sentaba a la mesa y una taza de café le era servida.

—Sí, señor... Me considero un hermano de Juancito.

La noche se oscureció totalmente, el mundo parecía dividirse en millones de pedazos y dentro de mi pecho un vendaval nacía.

—Juana —dijo el abuelo de mi buen y lejano amor Cecibel Soriano—, ¿de dónde ha salido este jovencito? Míralo, bien limpio, se le nota educado; es jovial, cordial, de buen hablar. Enamorado como éste necesita mi Cecibel, no aquel vago que hoy casi mato y de quién no conozco nada, sólo que viene por las noches a acostarse en la pampa con mi inocente nieta.

Mi corazón volvió a su lugar. Juan me miraba con ojos de ventana y su madre servía más tazas de café antes que el abuelo partiera de regreso a su lejana casa de campo, no sin antes invitarme —afablemente y «todo depende de que aproveches tu gran personalidad, jovencito»— a visitarlo al día siguiente para que me presentara a su nieta de quince años que estaba pretendida por un vago que, gracias a San Pedro y a todos los santos del bendito cielo, era todo lo opuesto a mí.